

# Los resultados electorales del cinco de abril

Escribe Nicolás Lynch

Los resultados del último proceso electoral, ocurrido cronológicamente el 22 de noviembre, son los resultados electorales del cinco de abril. Es decir, los resultados de una elección viciada de origen, por estar convocada por una dictadura, surgida de un golpe de Estado, que se negó a pactar reglas de juego comunes con la oposición democrática. No son lo mismo, por lo tanto, que los resultados de elecciones regulares como las que ocurrieron en 1980, 1985 y 1990.

El proceso ha sido tramposo de principio a fin. Además de la carencia de reglas señalada y de un árbitro relativamente neutral (el JNE fue cambiado luego del golpe), el gobierno de facto ha violado sus propias reglas cuantas veces le ha venido en gana y ha utilizado los recursos del Estado, que son de todos los peruanos, para beneficio de su candidato.

No merecen pues estas elecciones, ni la instancia resultante, el «CCD», el respeto que a cualquier demócrata le merecen las elecciones libres y el Congreso Nacional.

La razón es sencilla, nadie puede fundar un nuevo orden con legitimidad, ni exigir respeto por él, basado en una mayoría relativa del 38% de los que fue-

ron a votar, que se convierte en menos de la cuarta parte de los ciudadanos si la comparamos con el total de los electores inscritos. Estas elecciones, a diferencia de las realizadas para la Asamblea Constituyente de 1978, no han producido ansia sino desgano en la población. En aquellas elecciones constituyentes legitimaban el proceso la mayoría de los que votaron por cualquier alternativa, ahora en cambio lo hacen sólo

los que votan por el oficialismo.

Pero esta mayoría relativa, a pesar de los pesares, demuestra también que Fujimori todavía tiene una correlación de fuerzas favorables que le permite mantenerse en el poder. La oposición democrática no ha logrado infligirle derrotas que lo pongan a la defensiva ni menos aún en retirada.

Sin embargo, si el objetivo de las elecciones fue cerrar la crisis

política abierta con el golpe del cinco de abril y legitimar el gobierno, Fujimori ha fracasado. Tres factores lo señalan así. Primero, su mayoría absoluta en las encuestas se convierte en mayoría relativa en las urnas, con el agravante de la exclusión y las trampas. Segundo, no ha logrado ganar la mayoría de los actores políticos a su proyecto de régimen autoritario. El APRA, Acción Popular, Libertad y la iz-

quierda parlamentaria radical se negaron a participar en el proceso, y entre quienes lo hicieron, los socialistas del MDI y quizás el PPC se encuentran en oposición a la dictadura. Tercero, la base fundamental de poder del gobierno de facto: las Fuerzas Armadas y en particular el Ejército, están, a luz pública, divididos. En este último caso, no tanto por «la mano negra» que Fujimori quiere ver por todas partes, sino por su propio maltrato a la institucionalidad castrense, como lo han señalado múltiples analistas, incluso militares, en los últimos días.

Este fracaso ahonda la situación de inestabilidad política y crea pésimas condiciones para proceder a una salida democrática de consenso y a la necesaria reforma constitucional. Además, un repaso somero de nuestra historia política muestra que ningún gobierno tiene futuro con la mayoría de los partidos en contra y las Fuerzas Armadas divididas en sus simpatías por el régimen.

Sin embargo, tampoco ningún gobierno es reemplazado por otro a menos que exista la fuerza política necesaria para que este reemplazo se produzca. Continuamos entonces en una situación de crisis, con un régimen golpeado, pero sin retardar que sea capaz de mostrarse tal.

Esto es lo que debe cambiar. La oposición no ha demostrado, luego del golpe del cinco de abril, capacidad para actuar en conjunto y presentar una alternativa creíble para las mayorías. Me refiero tanto a una alternativa que exprese voluntad de autorreforma como planteamiento viable de salida política. Con el desprestigio de la oposición se desprestigia la democracia y ganan terreno como verdades las mentiras diarias del dictador que propagan la mayoría de los medios de comunicación. El gobierno viene ganando así por falta de contrincante.

El acuerdo nacional para salvar al país de todo género de autoritarismo y sacarlo de la crisis económica debe ser el elemento central de unidad de la oposición. La desgracia es que nadie parece interesado en él, continuando más bien la apuesta al perfilamiento personal de viejas, o, en el mejor de los casos, nuevas caras.

La consigna de elecciones generales, en tanto tiende a la reconstrucción de la comunidad política, aparece como la más adecuada en este sentido. Si la oposición tuviera mayoría en el «CCD», éste podría ser el espacio para llevarla adelante. Sin embargo, la mayoría en curules del oficialismo presagia el carpetazo fujimorista. Habrá necesidad entonces de que coordinen las fuerzas opositoras democráticas, en todas partes. Un primer ensayo en este sentido podrían ser las elecciones municipales. Esta urgencia de acuerdo parece ser la única vía para derrotar el proyecto de poder personal de Fujimori, lograr una salida constitucional y empezar a construir la ansiada estabilidad política.

Alfredo

